

**Gary Shteyngart**

Pequeño fracaso

Memorias

Traducción de Eduardo Jordá

Primera edición, 2015

Título original: *Little Failure: A Memoir*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 2014 by Gary Shteyngart

This translation published by arrangement with Random House, an imprint of Random House, a division of Random House LLC

© de la traducción, Eduardo Jordá, 2015

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

[www.librosdelasteroide.com](http://www.librosdelasteroide.com)

ISBN: 978-84-16213-54-2

Depósito legal: B. 22.206-2015

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

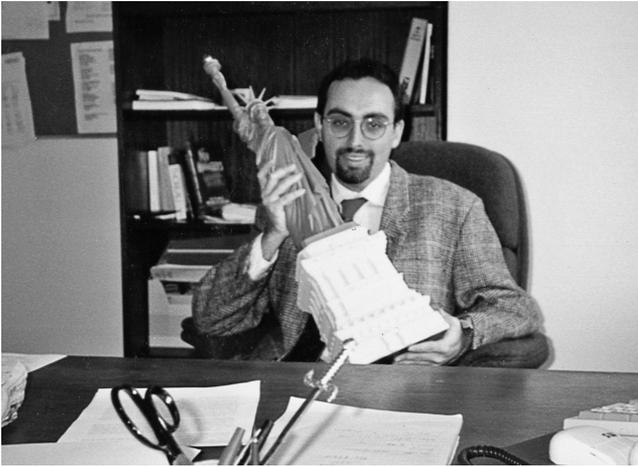
Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

*A mis padres, el viaje no termina nunca.*

*A Richard C. Lacy, doctor en Medicina, doctor en Filosofía.*



## 1. La iglesia y el helicóptero



En un periodo solitario de su vida, entre 1995 y 2001, el autor intenta abrazar a una mujer.

Un año después de licenciarme trabajé en la parte baja de Manhattan, bajo las sombras gigantescas del World Trade Center, y en mi relajada pausa del almuerzo, que duraba cuatro horas, comía y bebía entre esos dos gigantes, subiendo por Broadway o bajando por Fulton Street, y me iba a la sucursal de la librería Strand. En 1996 la gente aún leía libros y la ciudad podía permitirse tener una sucursal de la legendaria librería Strand en el Distrito Financiero, lo cual significaba que en aquellos años se suponía que los agentes de bolsa, las secretarías y los funcionarios del gobierno —en una palabra, *todo el mundo*— tenían algo de vida interior.

El año anterior había intentado ser pasante en un despacho de abogados especializado en derechos civiles, pero aquello no funcionó. El trabajo me exigía centrarme en un sinfín de detalles, y eso era demasiado para un joven nervioso que lle-

vaba coleta, había tenido un pequeño problema por consumo de sustancias prohibidas y lucía una insignia con una hoja de marihuana en su corbata de quita y pon. Ese trabajo fue lo más cerca que estuve de alcanzar el sueño de mis padres de que me hiciera abogado. Como muchos judíos soviéticos, y como muchos inmigrantes llegados de los países comunistas, mis padres eran muy conservadores y nunca se tomaron muy en serio los cuatro años que pasé en mi colegio universitario de artes liberales, el Oberlin College, en el que estudié marxismo y escritura creativa. El día que visitó Oberlin por vez primera, mi padre se detuvo sobre una gigantesca vagina pintada en el suelo del patio central por el grupo de gays, bisexuales y lesbianas del campus, y sin prestar atención a los gestos y a la pronunciación amanerada de la gente que se iba congregando a su alrededor, empezó a explicarme las diferencias entre los cartuchos láser y los de inyección por tinta, centrándose sobre todo en los distintos precios de los cartuchos. Si no me equivoco, mi padre creía haberse detenido sobre un melocotón.

Me licencié con honores *summa cum laude*, y eso mejoró mi reputación ante mamá y papá, pero cada vez que hablaba con ellos me hacían saber que les había decepcionado. Cuando era niño (y también ahora que soy adulto), solía estar enfermo con frecuencia y me resfriaba a menudo, así que mi padre me llamaba *Soplyak*, es decir, Mocososo. Mi madre, por su parte, había ido creando una curiosa fusión del inglés y del ruso y se inventó el término *Failurchka*, o lo que es lo mismo, Pequeño Fracaso. Un día, aquel término surgió de sus labios y fue a posarse sobre el voluminoso manuscrito de la novela que yo estaba escribiendo en mi tiempo libre, y cuyo capítulo inicial estaba a punto de ser rechazado por el famoso departamento de Escritura Creativa de la Universidad de Iowa. Así fue como me enteré de que mis padres no eran las únicas personas que me consideraban un desastre.

Al darse cuenta de que yo nunca podría llegar a ningún sitio, mi madre empezó a mover los hilos entre sus conocidos, como solo puede hacerlo una madre judía soviética, y me buscó un trabajo como «redactor en plantilla» de una agencia de reasentamiento de inmigrantes que tenía su sede en la parte baja de Manhattan. Aquel trabajo exigía unos treinta minutos de dedicación al año, en su mayor parte destinados a corregir las pruebas de los folletos que enseñaban a los rusos recién llegados las maravillas del uso del desodorante, los peligros del sida y el inefable placer que podía obtenerse cuando uno *no* acababa totalmente borracho en una fiesta americana.

Mientras tanto, los rusos que trabajaban conmigo en la agencia y yo mismo nos emborrachábamos hasta las trancas en las fiestas americanas. Al final nos despidieron a todos, pero antes de que eso sucediera pude escribir y reescribir una gran parte de mi primera novela, a la vez que iba descubriendo los placeres irlandeses de combinar el dry martini con carne en lata y ensalada de col. Eso sucedía en el antro de la esquina, un local que llevaba el nombre, si no me traiciona la memoria, de Blarney Stone. A las dos de la tarde me quedaba tumbado sobre la mesa de mi oficina, soltando briosos pedos hibérmicos aromatizados con col y con la mente perdida en confusas visiones de hondo contenido romántico. El buzón de la maciza casa de estilo colonial que tenían mis padres en Little Neck, Queens, seguía llenándose con los restos del sueño americano que habían deseado para mí, a la par que los bonitos folletos universitarios con programas para posgraduados iban disminuyendo de categoría: desde la Facultad de Derecho de Harvard hasta la Facultad de Derecho de Fordham, y luego desde la John F. Kennedy School of Government (que parecía una facultad de derecho, aunque no lo era) hasta el Departamento de Planificación Urbana y Regional de Cornell, hasta llegar a la perspectiva más terrorífica de todas para una familia de inmigrantes: el máster de Escritura Creativa de la Universidad de Iowa.

—Pero ¿qué clase de profesión es esa de escritor? —preguntaba mi madre—. ¿De verdad quieres ser *eso*?

Quiero ser eso.

En la sucursal de la librería Strand llenaba mi bolsa con los especímenes que encontraba en la sección de libros a mitad de precio. Me ponía a hojear los ejemplares de promoción desechados, y luego buscaba en la contracubierta a alguien que se pareciera a mí: un joven con perilla y aspecto bohemio, recalcitrantemente urbano, obsesionado con Orwell y Dos Passos y dispuesto a participar en otra guerra civil española si los temperamentales españoles se empeñaban en montarla de nuevo. Cada vez que me encontraba con un doble de esas características, rezaba para que su libro fuera malo, puesto que el pastel editorial era el que era. Estaba seguro de que los aristocráticos editores americanos, esos que se hospedaban en lugares tan inalcanzables como Random House, desecharían los méritos de mi sobreexcitada prosa de inmigrante y elegirían a un huevón licenciado en Brown, y que también hubiese estudiado un año en Oxford o en Salamanca, cosa que le prestaría todos los pálidos colores que se necesitan para escribir una novela de formación que pudiera tener algún éxito de ventas.

Después de entregar seis dólares a los dueños de Strand, corría de vuelta a mi despacho, donde me zampaba las doscientas cuarenta páginas de la novela de una tacada, mientras mis colegas rusos del despacho contiguo montaban un cristo con su poesía propulsada por el vodka. En la novela buscaba desesperadamente una frase torpe o el típico cliché de licenciado en Letras que la situase por debajo de la obra que se gestaba en el ordenador de mi oficina (con el estúpido título de *Las pirámides de Praga*).

Un día, tras coquetear con el desastre gástrico después de haberme comido dos platos de curry vindaloo en Wall Street, entré de forma explosiva en la sección de arte y arquitectura de la

librería Strand, aunque mi salario de entonces —veintinueve mil dólares al año— no estaba a la altura del precio que figuraba en la preciosa etiqueta de un volumen de desnudos de Egon Schiele publicado por Rizzoli. Pero no fue ese melancólico austriaco quien empezara a amansar al gorila urbano —medio alcohólico y medio drogota— que se estaba apoderando de mí. No, no fueron esos bellos desnudos teutónicos los que me pusieron de nuevo en camino hacia el lugar desapacible.

El libro se titulaba *San Petersburgo. La arquitectura de los zares*, y los barrocos tonos azules del convento Smolny prácticamente te asaltaban desde la misma cubierta. El satinado y voluminoso libro pesaba tres kilos, de modo que era, y sigue siendo, un libro para tener en una mesita auxiliar del salón. Y eso era un problema.

La mujer de la que estaba enamorado en aquella época, otra diplomada de Oberlin College («Ama a quien conozcas», rezaba mi lema provinciano), ya había criticado mis estanterías por sus contenidos o bien demasiado livianos o bien demasiado masculinos. Cada vez que se dejaba caer por mi nuevo apartamento de Brooklyn, y sus claros ojos del Medio Oeste pasaban revista a las formaciones de soldados de mi ejército literario, en busca de una Tess Gallagher o una Jeanette Winterson, yo deseaba poseer sus mismos gustos, y en especial deseaba el resultado de esa coincidencia: la presión de su afilada clavícula contra la mía. Desesperado, colocaba los libros de lectura de mis tiempos de la facultad, como *Los colonos ilegales y las raíces del Mau-Mau*, de Tabitha Kanogo, al lado de joyas recién descubiertas del género étnico-femenino, como *La carne de caza salvaje y las hamburguesas de Bully*, de Lois-Ann Yamanaka, que a mí me sonaba a un relato prototípico sobre los ritos de paso de los hawaianos (algún día, ya que estamos, debería leer ese libro). Pero si me compraba *La arquitectura de los zares* tendría que esconderlo de esta muchacha-mujer en uno de mis armarios, tras una barrera formada por insecticida

para cucarachas y botellas de vodka barato de la marca ГЕОРГИ.

Aparte de haber decepcionado a mis padres y ser incapaz de terminar *Las pirámides de Praga*, lo que me causaba más dolor era mi soledad. Mi primera y única novia —una chica atractiva y de pelo rizado de Carolina del Norte que había estudiado conmigo en el Oberlin College— se había ido al sur y vivía con un batería muy guapo en una furgoneta, de modo que me pasé cuatro años, al terminar mis estudios, sin besar a una sola chica. Los pechos y los traseros y las caricias y los «Te quiero, Gary» pertenecían únicamente al reino de la memoria abstracta. A menos que indique lo contrario, me pasaré todo lo que queda de este libro enamorado por completo de cualquiera que aparezca a mi lado.

Y eso que todavía no hemos llegado al precio que figuraba en la etiqueta de *La arquitectura de los zares* —noventa y cinco dólares rebajados a sesenta—, una cantidad con la que podría comprarme cuarenta y tres supremas de pollo en casa de mis padres. Cuando nos topábamos con los asuntos económicos, mi madre siempre sacaba a relucir una versión particularmente severa del amor. Y una noche en que su Pequeño Fracaso apareció a cenar, me dio un paquete de supremas de pollo al estilo de Kiev, lo que significaba que estaban rellenas de mantequilla. Acepté el paquete, pero entonces mi madre me hizo saber que cada suprema costaba «aproximadamente un dólar cuarenta». Intenté comprarle catorce supremas por diecisiete dólares, pero ella se empeñó en cobrarme veinte dólares, dado que ese precio incluía un rollo de papel transparente para envolver las supremas. Diez años más tarde, cuando yo ya había dejado de beber a lo bestia, me di cuenta de que mis padres no podían seguir ayudándome económicamente y que tenía que enfrentarme a solas con la vida, lo que me impulsó a llevar un ritmo de trabajo espantoso.

Empecé a pasar las páginas de la monumental *La arquitectura de los zares*, y al ver todos aquellos paisajes familiares de mi

infancia sentí esa variante vulgar de la nostalgia que Nabokov denominaba *poshlost* y que tanto le disgustaba. Aquí estaba el Arco del Edificio del Estado Mayor y sus perspectivas retorcidas que daban a la crema pastelera de la Plaza del Palacio, la crema pastelera del Palacio de Invierno vista desde el glorioso pináculo dorado del Almirantazgo, el glorioso pináculo del Almirantazgo visto desde la crema pastelera del Palacio de Invierno, el Palacio de Invierno y el Almirantazgo vistos desde lo alto de un camión de cerveza, y así sucesivamente en un incesante remolino turístico.

Estaba mirando la página noventa.

«Ginger ale en el cráneo», así es como Tony Soprano le describe a su psiquiatra los primeros síntomas de un ataque de pánico. Uno siente sequedad y humedad al mismo tiempo, solo que en los lugares indebidos, como si las axilas y la boca se hubieran embarcado en un programa de intercambio cultural. La película que uno estaba viendo se convierte en otra ligeramente distinta, de manera que la mente tiene que reevaluar sin descanso los colores desconocidos o hacer frente a la amenaza de los fragmentos de conversación incomprensibles. «¿Cómo es que de repente hemos llegado a Bangladesh?», se pregunta la mente. «¿Cuándo nos apuntamos a esta misión a Marte? ¿Por qué estamos flotando en una nube de pimienta negra y nos dirigimos hacia el arcoíris del logotipo de la NBC?» Si a esto se le añade la suposición de que tu cuerpo agitado y tembloroso nunca encontrará descanso, o quizá vaya a encontrar inmediatamente el descanso eterno, es decir, que va a perder el conocimiento y luego morirá, ya tenemos los síntomas de una crisis de hiperventilación. Y era eso justamente lo que yo estaba experimentando.

Y eso era justamente lo que yo estaba mirando mientras mi cerebro daba vueltas y vueltas en el interior de su pétreo cavidad: una iglesia. La iglesia de Chesme que se halla en la calle Lensovet (del Soviet de Leningrado), en el distrito de Moskovsky de la ciudad que antes llevaba el nombre de Leningrado. Ocho años

más tarde yo iba a describirla de esta forma en un artículo que escribí para *Travel + Leisure*:

La caja de bombones blanca y frambuesa de la iglesia de Chesme es un ejemplo extravagante del neogótico ruso, cuyo emplazamiento entre el peor hotel del mundo y un feo bloque de viviendas de los tiempos soviéticos hace que brille en todo su esplendor. El ojo se queda pasmado ante la resplandeciente fatuidad de esta iglesia, su desquiciado repertorio de agujas y almenas que parecen recubiertas de azúcar glasé, la impresión de que uno se la puede comer. Estamos ante un edificio que es un producto de pastelería más que de arquitectura.

Pero en 1996 yo no tenía los medios suficientes para escribir con una prosa brillante. Todavía no me había sometido a los doce años de psicoanálisis —a razón de cuatro consultas semanales— que me convertirían en un atildado animal racional, capaz de cuantificar, clasificar y evitar despreocupadamente casi todas las fuentes de dolor, salvo una. Así que me puse a contemplar aquella iglesia diminuta. El fotógrafo la había encuadrado entre dos árboles y, delante de su minúscula entrada, se veía una extensión de asfalto lleno de baches. Recordaba vagamente a un niño emperifollado para una ceremonia, a un sonrosado y escuchimizado fracaso. Se parecía muchísimo a mis propios sentimientos.

Empecé a controlar el ataque de pánico. Con manos sudorosas devolví el libro a su sitio. Pensé en la chica que amaba en aquella época, aquella adusta censora de mis estanterías y de mis gustos. Pensé que era más alta que yo y que tenía los dientes rectos y grisáceos, tan decididos como el resto de su persona.

Pero luego me di cuenta de que no estaba pensando en ella.

Porque había otros recuerdos que estaban haciendo cola en mi mente. La iglesia. Mi padre. ¿Qué aspecto tenía papá cuando éramos más jóvenes? Pude ver las espesas cejas, el color de su

piel casi sefardita, la expresión abrumada de alguien a quien la vida había tratado siempre con hostilidad. Pero, cuidado, ese era mi padre en la actualidad. Y cuando pensaba en el padre de mis primeros tiempos, en el padre de nuestra época anterior a la emigración, siempre me dejaba arrastrar por su inquebrantable amor hacia mí. Y solo podía pensar en él como un hombre torpe, muy pueril e inteligente, feliz por tener un pequeño compinche llamado Igor (ese era mi nombre ruso que precedió a Gary), y que se llevaba muy bien con ese Igoryochek que no era ni inquisitorial ni antisemita, sino un soldadito que luchaba a su lado, primero contra las injusticias de la Unión Soviética, y más tarde contra las derivadas de nuestro traslado a América y el consiguiente desarraigo de nuestro idioma y de todo cuanto nos resultaba familiar.

Y allí estaban, el Padre de los Primeros Tiempos e Igoryochek, y los dos acabábamos de ir a la iglesia que salía en el libro: aquel jubiloso pirulí de color frambuesa de la iglesia de Chesme, que quedaba a unas cinco manzanas de nuestro apartamento de Leningrado, aquel ornamento barroco de color de rosa que sobresalía entre los catorce tonos de beige de la era estalinista. En los tiempos soviéticos no era una iglesia sino un museo dedicado, si la memoria me es fiel —y desde aquí pido que me sea fiel—, a la victoria en la batalla de Chesme, de 1770, cuando los rusos ortodoxos les dieron su merecido a los turcos hijos de puta. Y en aquella época, el interior de aquel lugar sagrado (que ahora vuelve a ser una iglesia en pleno funcionamiento) estaba atiborrado de esos objetos que siempre hacen las delicias de los niños: las maquetas de buques de guerra del siglo XVIII.

Y ahora permítanme que me detenga durante unas pocas páginas más en el tema del padre de mi primera infancia, así como en el de los turcos. Y permítanme que use un vocabulario nuevo que me ayude a emprender la búsqueda. *Dacha* es la palabra rusa

que designa una casa de campo, pero en boca de mis padres también podría haber significado «la amorosa gracia de Dios». Cuando el calor del verano rompía al fin el dominio del yerto invierno de Leningrado y de la deslucida primavera, mis padres me arrastraban por una serie infinita de dachas de la antigua Unión Soviética. Una aldea infestada de hongos en Daugavpils, Letonia; los hermosos bosques de Sestroretsk en el golfo de Finlandia; la infame Yalta en Crimea (Stalin, Churchill y Roosevelt firmaron allí una especie de transacción inmobiliaria), o Sujumi, que hoy en día es una miserable ciudad turística de la costa del mar Negro, en una región de Georgia que quiere independizarse. Me enseñaron a postrarme ante el sol, el que da la vida, el que hace crecer los plátanos, y darle las gracias por cada uno de sus crueles rayos abrasadores. ¿Cuál era el diminutivo favorito que me daba mi madre cuando yo era niño? ¿Pequeño Fracaso? ¡No! Era *Solnysbko*. ¡Solecito!

Las fotos de esa época muestran a un fatigado grupo de mujeres en traje de baño y a un chico con aspecto de Marcel Proust con un bañador a la moda del Pacto de Varsovia (ese soy yo) mirando hacia el ilimitado futuro mientras las aguas del Mar Negro les acarician delicadamente los pies. Las vacaciones soviéticas eran duras y agotadoras. En Crimea nos despertábamos muy temprano para ponernos en la fila de los yogures, las cerezas y otros comestibles. A nuestro alrededor, los coroneles del KGB y los funcionarios del Partido se lo pasaban en grande en sus elegantes aposentos de la primera línea de playa, en tanto que los demás hacíamos cola con cara de fatiga bajo el sol despiadado, esperando el momento de pillar una rebanada de pan. Aquel año yo tenía una mascota, un gallo mecánico al que se le daba cuerda y que estaba pintado de colores vivos. Se lo enseñaba a todo el mundo mientras hacíamos cola en el comedor. «Se llama Piotr Petrovich *Gallovich*», anunciaba yo con una arrogancia muy poco habitual en mí. «Como pueden ver, tiene una pata coja porque fue herido en la Gran Guerra Patriótica.»

Mi madre, temerosa de que hubiera antisemitas en la cola de las cerezas (supongo que también tienen que comer, ¿no?), me susurraba que me callase, o si no, me quedaría sin el postre de los bombones de chocolate de Caperucita Roja.

Con bombones o sin ellos, Piotr Petrovich Gallovich, aquel inválido avícola, seguía metiéndome en problemas. A todas horas me recordaba mi vida en Leningrado, que en su mayor parte discurría muy despacio entre ahogos causados por el asma invernal, aunque esos ahogos me dejaban mucho tiempo para leer novelas bélicas y para soñar que Piotr y yo nos poníamos las botas matando alemanes en Stalingrado. Hablando en plata, aquel gallo era mi mejor y único amigo en Crimea, así que nadie podía interponerse entre nosotros. Cuando el anciano y bondadoso dueño de la dacha en la que nos alojábamos cogió a Piotr y le acarició la pata lisiada, murmurando «A ver si podemos recomponer a este fulano», le arrebaté el gallo y me puse a gritar «¡Carroña! ¡Villano! ¡Ladrón!». Como es natural, nos echaron a patadas de la dacha y tuvimos que instalarnos en una especie de choza subterránea, en la que un enclenque niño ucraniano de tres años también intentó jugar con mi gallo, con los resultados ya conocidos. De ahí proceden las únicas tres palabras que sé decir en ucraniano: «*Ty khlopets mene byesh*» («Niño, me estás pegando»). Tampoco duramos mucho en la choza subterránea.

Me temo que en aquel verano yo era un niño muy alterado, ya que los soleados paisajes meridionales que se extendían ante mí me excitaban a la vez que me desorientaban, al igual que los cuerpos más fuertes y saludables que pululaban, en el apogeo de su esplendor eslavo, alrededor de mí y de mi gallo roto. Sin que yo lo supiera, mi madre estaba atravesando una crisis, puesto que se planteaba si debía quedarse a cuidar de su madre enferma en Rusia o si podía abandonarla para siempre y emigrar a América. Tomó la decisión en una sucia cafetería de Crimea. Una corpulenta siberiana, frente a un cuenco de sopa de tomate, le contó a mi madre la paliza brutal que le habían dado a su hijo al

poco tiempo de haber sido llamado a filas por el Ejército Rojo, una paliza que le había costado perder un riñón. La mujer sacó una foto de su hijo. Parecía un alce de gran tamaño cruzado con un oso igualmente gigantesco. Mi madre le echó un vistazo a aquel gigante caído en desgracia y luego miró a su diminuto y jadeante hijo, y al poco tiempo viajábamos en un avión con rumbo a Queens. Gallovich, con su triste pata coja y sus hermosas barbas rojas, fue la única víctima de los militares soviéticos.

Pero a quien yo echaba de menos aquel verano, y la causa de mis violentas reacciones contra todos los ucranianos, era a mi mejor amigo de verdad: mi padre. Y es que todos los demás recuerdos son tan solo pequeños apuntes que tuvieron su función en un enorme decorado que desapareció hace ya mucho tiempo, como el resto de la Unión Soviética. A veces me pregunto si todo aquello llegó realmente a suceder. ¿Ocurrió de verdad que el joven camarada Igor Shteyngart se paseara resollando por la orilla del mar Negro? ¿O fue algo que tan solo protagonizó un inválido imaginario?

Verano de 1978. Yo vivía pendiente de la gran cola que se formaba delante de la cabina telefónica marcada con el nombre de LENINGRADO (había cabinas telefónicas distintas para cada ciudad), porque quería oír el débil chisporroteo de la voz de mi padre cuando me informaba de todos los problemas tecnológicos que estaba sufriendo el país, desde una prueba nuclear fallida en el desierto kazajo hasta un macho cabrío enfermo que balaba en la cercana Bielorrusia. En aquellos tiempos todos estábamos conectados por los fracasos, y de hecho toda la Unión Soviética estaba fundiéndose en negro. Y mi padre me contaba historias por teléfono, y hasta el día de hoy mi oído sigue siendo el más agudo de mis sentidos, porque durante aquellas vacaciones en el mar Negro aprendí a aguzarlo solo porque quería escuchar a mi padre.

Las conversaciones se han perdido, pero aún sobrevive una carta. Está escrita con la caligrafía infantil de mi padre, la cali-

grafía del típico varón soviético que ha llegado a ser ingeniero. Y es una carta que ha sobrevivido porque mucha gente se empeñó en que así fuera. Tengo la esperanza de que no seamos un pueblo demasiado sentimental, pero tenemos una extraordinaria intuición para saber qué cosas debemos guardar y cuántos documentos arrugados irán a parar algún día a un armario de Manhattan.

Soy un niño de cinco años que está pasando sus vacaciones en una choza subterránea, y ahora sostengo en mis manos los sagrados garabatos de esta carta, escrita con el abigarrado alfabeto cirílico repleto de tachaduras, y mientras leo voy recitando las palabras en voz alta, y mientras las recito en voz alta me sumerjo en el éxtasis de la interconexión.

*Buenos días, mi querido hijo.*

*¿Cómo estás? ¿Qué estás haciendo? ¿Vas a subir a la Montaña del «Oso»? ¿Cuántos guantes has encontrado en el mar? ¿Has aprendido ya a nadar? Y si es así, ¿tienes planes de llegar nadando hasta Turquía?*

Aquí tengo que hacer una pausa. No tengo ni idea de lo que puedan ser esos guantes marinos, y solo guardo un vago recuerdo de la Montaña del «Oso» (desde luego no era el Everest). Pero quiero centrarme en la última frase, esa que habla de llegar nadando a Turquía. Turquía está, por supuesto, al otro lado del mar Negro, pero nosotros estamos en la Unión Soviética, y es evidente que no podemos llegar hasta allí, ni en barco ni nadando al estilo mariposa. ¿Es una idea subversiva por parte de mi padre? ¿O es una referencia a su mayor deseo: que mi madre ceda y al fin podamos emigrar a Occidente? ¿O se trata más bien de una conexión inconsciente con la iglesia de Chesme que ya he mencionado, la que era «un producto de pastelería más que de arquitectura», y que conmemoraba la victoria de Rusia sobre los turcos?